

lló á la pared los sesos, rotos los cascós en menudos pedazos; y cayó muerta al instante. ¡Jesus, Jesus, Jesus! ¡qué lástima! prorrumpieron las amigas todas, levantando al cielo el alharido. ¿Murió? —Sí, ya murió.— ¡Válgame Dios! ¿cuál quedaría aquella casa? ¿cuál quedaría aquella cara? ¿cuál quedaría aquella alma? Dígalo el suceso: Trataron de su entierro los parientes; convidaron mucho acompañamiento, llenóse de gente la casa, y la difunta en medio de la sala en sus andas, aunque cubierto el rostro por que no pareciese fea aun despues de muerta. Ya, despues del responso, iban á cargar el cuerpo, cuando rompiendo entre la gente, y llenando de horrores y bramidos el aire, un feísimo toro negro, echando fuego y humo por ojos y narices, corriendo hácia las andas á testeradas, á manotadas y á bocados, destrozando en menudas piezas el cuerpo, lo hizo el demonio que bailara al són de sus bramidos; y dejándolo así, se desapareció. Desengañados de esta publicidad lastimosa, recogiendo luego los destrozos de aquel miserable cuerpo, le fueron á tirar al campo. ¿Y qué fiesta habria en el infierno con el alma de la Señora bailadora?

¡Ah, oyentes míos! ya que no se santifican las fiestas, no se profanen: ya que no las hagamos fiestas para Dios, no sean fiestas para el demonio. En ellas, si queremos lograrlas, tenemos el provecho del alma, las ganancias del espíritu, el mejor logro del cielo, que si sabemos conseguirlo, iremos á continuar el eterno día de fiesta, que será en la gloria.

PLATICA XXVIII.

DE LA OBLIGACION DE OIR MISA ENTERA EN EL DIA DE FIESTA.

—
 —
Día de nuestro Padre San Ignacio, año de 1691.
 —
 —

ALGUNA excusa tuvieran para no solicitar la mayor honra, el mayor provecho y la mayor dicha, si la hubiéramos de pagar al mismo precio que nos cuesta la vanidad; pero teniendo aquello de valde, y comprar la vanidad tan costosa, ¿qué descargo nos queda? Hubo en la antigua Roma, refiere Suetonio, un hombre tan rico como vano, que ancioso por comer á la mesa del Emperador Calígula, se concertó con los criados para que con no se qué disfraz lo introdujesen una noche en el convite de palacio; y por esto les ofreció y les pagó doscientos sesteracios, que en la menor suma montan sobre cinco mil ducados. Costoso plato de buñuelos de viento, dar cinco mil ducados solo por poder decir que habia cenado con el Emperador. Sin tanto precio somos llamados nosotros á mejor convite; sin tanta costa somos convidados á

mejor mesa; á la mejor digo que jamás gozaron los cielos; al convite donde no son admitidos ni aun los Angeles. ¡Oh, qué nos dieran estos soberanos espíritus por poder con nosotros ser en la misa, no solo criados, que tan gustosos la sirven, sino convidados para gozar de su vianda Divina! Mucho favor le parecia al Rey Ciro de los persas, enviar desde su mesa algun plato al mayor de sus capitanes. Por muy grande fineza tenían los Reyes de los Partos admitir á su convite alguno de sus Príncipes; y de modo, que sentadó el Rey en lo alto de su trono, y el Príncipe tirado en la tierra, desde lo alto el Rey le arrojaba las viandas, como si las tirara á un perro. Y la honra mayor que le hace un Rey de España á alguno de sus grandes, es un día del año señalado, y muy señalado, admitirlo á su mesa. Si Dios nos tratara así, aun sería un amor inmenso, aun sería una dignacion soberana; ¡pero cuánto es mas el exceso? ¡Oh, Dios que nos dá de valde infinito mas que lo que aquel compró á tanta costa! No nos envia un plato de su mesa, sino á sí mismo se abate desde el cielo para dárse-nos. No nos trata como á perros, sino que nos honra como á hijos. Y no en un día señalado, sino todos los dias nos tiene puerta franca á gozar de una honra tan suprema, y nos ofrece en la misa puesta la mesa. ¿Y con todo eso, es posible que ha de ser menester precepto que nos obligue á los que todos los Angeles nos dieran por nuestra dicha todo cuato valen? No sabe lo que es el Sacrificio de la misa, quien á lograr la inmensa dicha de asistir-la, aguarda á que lo traiga la obligacion del precepto. Este, pues, es el que hoy se me sigue á explicar.

Dejo para las almas nobles que no hayan menes-

ter el precepto, un Cárlos V, que en toda su vida jamas dejó día de oír misa, sino un día solo en la batalla de Túnez. ¿Quién alega cuidados de mas peso? ¿Quién ocupaciones de mas importancia? Un Tomás Moro, que siendo gran Canciller y primer Ministro de Inglaterra, no solo todos los dias oía misa, sino que alguna vez llamado de su Rey, por dos veces, respondió que estaba sirviendo á mejor Señor, y no dejó la misa. ¿Quién traerá por excusa negocio de mas monta? ¿Quién dependencias de mas aprieto? Una Margarita de Austria, perla de las Reinas, que todos los dias habia de oír sin faltar tres misas. ¿Quién pondrá por estorvo, ridículos aliños, profanos aderezos? ¡Mas ya qué tendremos á dicha? ¡Oh, tiempos! Que se cumpla siquiera con la obligacion.

¿Quién, pregunta el Catecismo, *quién cumple con el precepto de oír misa entera?* R. *Quien asiste á toda ella sin distraerse de su voluntad.*—¿A toda ella? ¡Y si viene á la Epístola?—Cumple.—¿Y si al Evangelio?—Tambien; pero si mas adentro, ya no basta, y peca mortalmente si ya no oye otra. Pero debo advertir aquí, (atiéndanme esto, que no sé si se repara mucho) que sucederá no pocas veces haber oído misa entera, y con todo eso peca mortalmente contra este precepto.—¿Cómo puede ser? Porque si lo que me manda es oír en el día de fiesta misa entera, y yo la oigo: luego he cumplido ya con el precepto: ¡luego no puede haber pecado?—Bueno; pero pregunto: ¿Venisteis corriendo á la misa dadas ya las doce?—Si padre, que fué dicha hallar misa, pero al fin la oí.—Pues aunque la oíste, pecasteis mortalmente en el peligro á que os pusisteis de no oírla. ¿Os habeis confesado de haberos puesto á este peligro? ¡Ah, padres de fami-

lias, qué cargo! Aguardad á las doce, despues que ya cesan las misas, y entónces el són de campana que las coge en casa, y la Iglesia lejos, que vayan á prisa; ¡y muchos gritos! No se quita vuestro pecado mortal con esos gritos.

Por el contrario, no siempre es pecado dejar de oír misa; porque hay bastantes causas que legítimamente lo excusan. Estas se reducen á tres: Por no poder, por caridad, ó por necesidad. Por no poder, ahora sea impotencia espiritual, como la que tiene el que está excomulgado; ahora sea impotencia corporal, como el que está en una cama, ó en una cárcel; (ya se ve) ó por impotencia moral; esto es, que solo con mucha dificultad, trabajo ó peligro, puede oírla. Así, pues, están excusados de la misa la muger preñada, ya en dias de parto; el convalesciente, que de salir se le puede renovar el achaque; el que, ó la que, de salir teme con fundamento algun peligro en la vida ó en la honra; el que no tiene vestido con qué parecer con decencia; en mal tiempo, y muy lluvioso, en especial para mugeres; y la mucha distancia. Mas porque puede ser para uno legítima excusa, la que por las circunstancias no lo es para otro, consulten lo demas á sus confesores. Excusa tambien de la misa la caridad, por asistir á algun enfermo, ó que no tiene quien le asista, ó que tiene su consuelo en que esta persona no le deje; ó la necesidad, ahora por sujecion, como en el criado que sobre el alma de su amo vá la misa que él no le deja oír: ahora por su oficio, como el pastor que no puede dejar su ganado: ahora por su ejercicio, como la muger que está criando, que no tiene á quien dejar su criatura, y el muchacho es llorón: pues no venga acá, ni oiga misa, y nos hará muy buena obra con no ve-

nirnos á inquietar; y si dejara de venir á sermon con el muchacho lloron, se lo agradeceríamos mas.

Ya, pues, los que así impedidos dejan de oír misa no pecan, y sí recibe Dios su buen deseo. (Haut. n. 1221.)

Uu santo lego de San Francisco, cocinero de su convento, tenia devocion de asistir todos los dias á cuantas misas podia; pero un dia estando sola la cocina, y hallando la suya los gatos, zás, volcaron la olla, y comieron ellos lo que ayunaron los religiosos. Enojado por esto el Guardian, le mandó á aquel que no fuese á oír, misas, como solía, sino que atendiese á su obligacion. Obedeció él; pero el dia siguiente, al hacer la campana la señal de alzar, puesto de rodillas y con tiernas lágrimas: ¡Ah Señor, dijo, que el consuelo que yo tenia en asistir á tu Divino Sacrificio, me lo ha de quitar esta cocina! Pero que he de hacer, mejor es lo que tú dispones. Al punto, (¡estupendo prodigio!) abriéndose cuantas paredes habia desde allí hasta el altar, vió patente, y adoró la Hostia Sacramentada, volviendo luego las paredes otra vez á juntarse; pero dejando bastantes señas de esta tan prodigiosa maravilla.

Mas todavía ocupado en lo que excusa, aún no he dicho á lo que obliga este precepto. Obliga, pues, nos dijo el Catecismo, *á asistir á toda la misa, sin distraerse de su voluntad.* Dos cosas hay aquí: asistir con el cuerpo, atender con el alma; ni basta venir solo con el alma; quiero decir, tener intencion ó deseo de venir á misa; ni basta estar solo con el cuerpo, y estar, ó dormido ó sin intencion de oír misa. Hanse, pues, de juntar cuerpo y alma: ésta con la atencion; aquel con la reverencia. ¡Pero cuánta debe ser una y otra! ¡Oh, Dios!

Digamos primero del cuerpo, y no cito á un San Pablo, no atesto con un San Agustin. Un gentil habla de cómo asistían los gentiles á sus torpes sacrificios: *intramus templa compositi*, dice Séneca (*in q. nat. lib. 7. c. 3.*) Entramos en el Templo compuestos: *Ad sacrificium accessuri vultum demittimus, togam adducimus*. Al llegar al sacrificio bajamos el rostro, recogemos el vestido: *In omne argumentum modestie fungimur*. Y nos ajustamos en todo el exterior á la modestia. ¿En todo? Sí, las rodillas en tierra, los ojos recogidos, mesurado el semblante, mudo el silencio: *In omne argumentum modestie*. ¿Esto hacían los gentiles para asistir al demonio? ¡Oh, confusion! ¡oh, infamia! ¡oh, vergüenza! ¿De quién? ¿De quién? Allá lo vean.

Cuenta y admira San Ambrosio, que ofreciendo sacrificio Alejandro, estaba cerca de él un page con una acha. Tardose el sacrificio, fuese consumiendo el hacha, y tanto, que ya en la mano del page fué prendiendo, y él inmóvil: fué humeando, y él severo: crujían ya ardiendo los dedos, y él constante, hasta que se dejó abrasar y quemar la mano por no turbar el sacrificio. ¡Ah, oyentes míos, que entre nosotros no se sacrifica un toro á una deidad mentirosa, sino el Cordero Inmaculado del Hijo de Dios á la Santísima Trinidad. Así lo creemos, así lo conocemos; mas no sé si imitaremos de aquel page lo heroico, cuando quizá en la misa hay tantos que se dejan quemar el alma á peores chispas. ¡Oh, cuál está nuestra religion! ¡Y cómo semejantes desórdenes piden el zelo de aquel corazón católico de Felipe II! (*Raf. Col. fer. 2. d. 2.*) Oía misa una vez con sus grandes de Castilla, y dos de estos se pusieron á hablar entre sí; reparó el Rey, dejó acabar la misa; y al salir, volviéndose á ellos con

aquella su natural severidad: Vosotros dos, les dijo, no parezcáis mas en mi presencia. Bastó esto para que el uno de ellos muriese luego de pesadumbre, y el otro se volviese loco. ¡Ah, qué hiciera este católico Monarca, si viera los corrillos acá, y no de grandes de Castilla! El silencio, el silencio es parte muy principal del Divino Culto. Aun los brutos nos lo enseñaron alguna vez. Estaba oyendo misa Santa Ida Lavoniense, segun se refiere en su vida; y allí inmediato hacían su molesto ruido cacareando unas gallinas. Asomóse la Santa, llamólas en nombre de Dios, y vinieron todas. Ea, les dijo; sin chistar, quietecitas. En verdad que así se estuvieron inmóviles, mudas y mirando á la Santa, hasta que acabada la misa las envió á *cacareacar allá fuera*.

¿Mas si no basta sola la reverencia exterior del cuerpo, cuánta debe ser la atención del alma? Para sosegarse las escrupulosas, bastan solas las discretas palabras del Catecismo: *Sin distraerse de su voluntad*—De modo, ¿qué aunque haya distracciones, se cumple con la misa?—Sí, como esas no sean buscadas de propósito.—¿Y aunque no se alcance á ver todo lo que hace el sacerdote? También; y aun que ni lo vean, porque no dé lugar la mucha gente, se cumple con la misa; que si no fuera así, á qué vienen los ciegos á la Iglesia? ¿Pero quién podrá persuadir á mugeres con esto? Mas ya otras me preguntan:—Padre, yo tengo devoción de oír juntas cuatro ó cinco misas, que salen todas y se dicen á un tiempo; ¿podré hacerlo?—Digo que sí, con el sentir de muy graves Doctores; y que es muy santa y muy provechosa devoción: (*Vide Scobar t. 5.*)—¿Y aunque sea en día de fiesta puedo oír junta con la misa de obligación las otras?

—Vuelvo á decir que sí; y que las logren, que no embaraza eso á la atencion. (Cast. Pal. t. 5. tit. 22. de unic. cap. 10. n. 9.)—¿Pues ya, qué es lo que le embaraza?—¿Saben qué? Estar despavilando toda la Iglesia con ánimo de divertirse: ponerse á leer, no digo si son algunas oraciones que rezan, sino leer otra cosa, aunque sea leccion espiritual, hablar, ó dormir; y si esto es grande parte de la misa, es pecado mortal. *Age quod agis*, le grité una voz al oído á un sacerdote que estaba divertido: Haz lo que haces. ¿Mas para qué buscamos ejemplos para mover nuestra atencion, nuestro fervor, nuestra ternura en este Divino Sacrificio, cuando tenemos en aquel altar, aquel Sacerdote Santísimo, en todo prodigioso? ¿Por qué piensan que pintan á mi glorioso padre San Ignacio mas de ordinario revestido de sacerdote? (And. Luc. 1. 6. vit.)—Otros santos fueron tambien sacerdotes, y con todo eso no los pintan así, ¿pues por qué á San Ignacio?—¿Saben por qué? Porque al paso que fué singular, rarísima y prodigiosa su ternura y devocion con el Divino Sacrificio, á ese paso fueron en él estupendos sobre continuos, los favores que tuvo del cielo. Dejo ahora las muchas veces que en Manresa, oyendo misa antes de ser sacerdote, vió en la Hostia patente á nuestro Redentor. Ordenado ya de sacerdote, cuando contaba ya desde su conversion diez y seis años de una vida, mejor diré de un martirio de penitencias, mejor diré de una muerte de todas sus pasiones y sentidos, mejor diré de un continuo vuelo del amor mas ardiente en revelaciones y raptos; con todo eso, despues de ordenado de sacerdote, se estuvo preparando para su primera misa dia á dia, diez y ocho meses. ¡Oh, qué preparacion! Esa fué la

primera. ¿Y las demas? Todas las tardes leía muy de espacio la misa que habia de decir al dia siguiente; y á la mañana, despues de la hora de oracion, estaba otra hora entera preparándose de rodillas á la misa; y ésta acabada, daba gracias por espacio de otras dos horas. Aquí, aquí era donde el cielo le vertia á raudales sus luces, á ríos sus favores. ¡Qué lágrimas, qué sentimientos, qué sollozos le obligaban de ordinario á detenerse en la misa, porque no podia pasar adelante. Viéronlo unas veces en el altar todo resplandeciente, otras vieron muchos bajar del cielo un globo de fuego que se le ponía sobre la cabeza. Allí los Angeles le daban música. Allí la Reina de los Angeles se le ponía visible. Allí, en fin, innumerables veces arrebatado, vió, ó ya la Humanidad Santísima de nuestro Señor Jesucristo, ó ya el inescrutable misterio de la Trinidad Beatífica. Ven ahí, pues, la razon por qué lo visten de sacerdote. Y ya que lo tenemos revestido, en verdad que le hemos de oír ahora una misa, aunque sea por la tarde, y misa entera; y eso será el ejemplo.

En Duay, ciudad de Flandes, refiere nuestro Hautino, (n. 1066.) en un Monasterio de monjas de Santa Clara, habia un año que una de ellas, contando por instantes sus dolores, esperaba la muerte por horas, pues desesperada la medicina, y tan lejos de ponerla sana, que se admiraban de verla viva en una continua convulsion de miembros, que agravándosele con una perlesía, que sola mientras la sacaba de sí, le daba alguna tregua al vehemente dolor de cabeza que aun el hablarla la ofendia. En este estado de su desdicha, oyó la nueva de que habian canonizado á San Ignacio; y por Santo nuevo, ó porque no le debia de quedar ya otro á

quien no hubiese hecho sus ruegos, determinó hacer un Novenario; hízolo, y quedose todavía como antes; pero volvió luego á empezarle otro. Bueno, ella conseguirá, (¿qué de cosas no solemos conseguir, porque no tenemos constancia en rogar?) Apenas empezó el segundo Novenerio, cuando sintió en la cabeza un golpe. Al ¡ay! vuelve dolorida, y hállase cercada de resplandor, y en él á mi glorioso Padre. ¿Preguntóla si pensaba que él tenia poder para sanarla? Respondió ella que sí. Y el santo, que aun en el cielo no olvidaba el zelo de las almas, quiso primero curar á ésta; exhortóla á que reformase en su persona algunas cosas. Prometióla ella, y el Santo desapareció, y dejóla todavía como antes enferma. ¡Válgame Dios! ¿Pues qué aguarda San Ignacio? ¿Saben á qué? A que ella le oyera una misa. Llegó el dia en que en aquella ciudad se celebraba su canonizacion, y á las ocho de la mañana, aquella monja ya casi moribunda, arrebatada en espíritu se halló en una hermosísima Iglesia: en el altar aparato para celebrar; entonó el coro; y en esto, precediendo el Diácono y Subdiácono, vió salir á San Ignacio revestido á decir la misa, y tras de él vió salir una gran muchedumbre de gente, hombres y mugeres, de que se llenó la Iglesia. Preguntó qué gente era aquella; y fuéle respondido que eran los muchos que en todo el mundo recibian de San Ignacio aquel dia algun especial beneficio: cobró ánimo con esto, empezó la misa, y ella continuaba en sus dolores, y aun se le agravaban mas siempre que San Ignacio volvía á decir *Dominus vobiscum*, hasta que ya al acabar la misa, al volverse el Santo á dár la bendicion, se la dió con estas palabras: *A mayor gloria de Dios queda sana.* Desaparació la vision,

ella volvió en sí, y se halló del todo libre, sana y buena. ¿Hay tal modo de milagros? ¿Qué fué esto? Decirnos desde el cielo San Ignacio, que en la misa es donde se consiguen todos los favores, y que en oírla entera está el lograr las bendiciones.

¡Oh, Santísimo padre mio! dánoslas desde el cielo á todos los presentes, y con ellas comunicanos de tus luces un rayo, de tus fervores una chispa, de tus llamas una centella, para que á tan Soberano Sacrificio sepamos asistir en la tierra, de modo que lleguemos á gozar sus frutos en la gloria.